

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

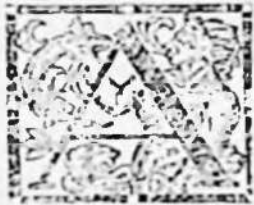
Junio de 1934

Núm. 108

Luis Enrique Osorio

El Conde de Keyserling y su libro sobre Sudamérica ⁽¹⁾

«DENTSCHLAND UBER ALLES»



LEMANIA, patria y ambiente social del conde de Keyserling, parece un invento colectivo para desmentir el rigor de las leyes antropogeográficas.

Siendo un medio que extirpa masas en vez de atraerlas, tiene todas las complicaciones de la etnología híbrida; hallándose incrustada en el corazón de Europa, posee una curiosidad universal; estando matizada por las nieblas nórdicas, hace gala de un sentimentalismo que supera al de la Europa meridional y ofrece íntimos puntos de contacto con la índole de los tropicales.

Aunque aquél es el pueblo que concibió al superhombre nietschiano, carece de los orgullosos hermetismos ingleses, y no huye a la mezcla con razas distanciadas,

(1) Luis E. Osorio, autor del interesante artículo que reproducimos, es uno de los más auténticos valores de la literatura colombiana de hoy y un crítico de vasta cultura.

cuando a ello lo inducen los cambios de medio y las necesidades de aclimatación.

Todo esto obedece, quizá, a que las relaciones entre el hombre y el clima no son igualmente estrechas en todos los grupos sociales, y a que el alemán es el menos telúrico de todos los seres humanos. Pudiera llamársele más bien el hombre cósmico, el individuo que ama la tierra y se compenetra con ella, pero sin limitaciones de zona ni nacionalidad; el domador de la geografía, al cual lo mismo le da asimilarse a las nieves polares que a las selvas africanas. En el primer caso, corteja a la mujer del lapón, y en el segundo, se convertirá en idólatra de la negrología, y aun en partícipe de la eugenesia mulata.

El grito de «*Deutschland über alles*» tiene más de racial que de territorial, y más de presentimiento que de orgullo. Alemania tiene un raro impulso que la impulsa a influir en los destinos humanos del siglo XX, del mismo modo que los iberos dominaron el planeta en el siglo XVI.

La horda germánica no es ya, por supuesto, la que invadió los dominios de Roma, y se dejó imponer la cultura latina. Es una avalancha de ideas y sentimientos que va creciendo y arrollando todos los localismos que encuentra a su paso.

A la migración de pueblos la ha sucedido la migración de energías mentales.

Este fenómeno se divide en dos etapas.

Primero, me parece notar una fuerza centrípeta, que interpela al cosmos y quiere interpretarlo. De esta suer-

te, si el mundo latino recibió, hace dos mil años, la visita sentimental del Asia a través del cristianismo, el mundo germánico atrajo a sí algo más importante que la mística indú: las filosofías orientales.

¿Quién, que haya estudiado un poco las escuelas filosóficas de la India—sankismo, vedantismo, yoguismo—no las encuentra occidentalizadas a través del método fundamental de Kant, cuando afirma que «pensar es unir?»

Luego, vienen sus discípulos: Fichte, el idealista de la libertad; Schelling, el conceptista del principio superior que origina al ser y al pensamiento; Shopenhauer, el cosmólogo; y Hegel, el dialéctico de la síntesis.

Estos pensadores no son personalidades exóticas, que hubieran podido surgir lo mismo en París que en Constantinopla. Son el prototipo del período en que la raza alemana trata de sintetizar al mundo, y aun se convierte en raza-síntesis.

Para muchos occidentales resulta la filosofía germánica, entre otras cosas, porque el tamiz europeo, al presentar las concepciones orientalistas ante el lente de la ciencia experimental, las complica en vez de esclarecerlas.

Pero basta leer El Kibalión, algo de Kapila y algo de Patanjali, y pasar, aunque sea de largo, por sobre los capítulos filosóficos del Mahabarata, para hallar el origen inconfundible de las profundidades por las cuales se aventuran los filósofos de Alemania en el siglo XVIII y el XIX.

Alemania pretende, a través de sus filósofos, oponer un eclecticismo mental a una mentalidad puramente occidental.

En seguida, viene la etapa centrífuga:

De los pensamientos de esos filósofos, que ponen a la vez en claro la estructura del alma germánica, arranca el auge de la occidentalización de la filosofía oriental, frente a la decadencia indiscutible de la simple emotividad transplantada de ese mismo oriente a las culturas del Mediterráneo, al comienzo de nuestra era.

Veamos, entonces, cómo la raza germánica comienza a ejercer una poderosa influencia mental en el planeta.

Por un lado, la psicoanálisis de Sigismundo Freud, transparenta los abismos de la subconsciencia, continuando la obra de Mesmer. Por otro, Feuerbach procede a Marx en la adaptación de la dialéctica Hegeliana al temperamento materialista de Europa, y preludia las teorías económicas que hoy están más en boga en el mundo. Einstein, culmina en el plano de las matemáticas. Meyer Lübke, levanta un monumento de filología neolatina que los mismos pueblos latinos no han sido capaces de llevar adelante.

Toda esta complejidad científica, que pudiera parecer un laberinto a los partidarios de la lógica unilateral, tiene su alegoría perfecta en el mago de Baireuth, en el gran Wagner, que opuso la sinfonía a la melodía.

Los alemanes entienden a Wagner, porque llevan en la subconsciencia esa heterogeneidad de inquietudes que los inducen a perseguir un destino cósmico. La música del insuperable concertista es para ellos una mano má-

gica que les armoniza el mundo interior; que les abre por entre la maraña espiritual, una luminosa ruta de conciencia.

Creo que Hitler se equivoca cuando dice que el mundo está contra los alemanes. Paréceme, más bien, que el orbe entero se encuentra a merced de ellos. Freud, es hoy el más manoseado de los psicólogos. Marx se ha convertido en el Abraham de la revolución socialista. Einstein ocupa el pináculo del olimpo pitagórico. A todo esto podemos añadir que Alemania es el país de la química, en momentos en que la química comienza a esbozar una nueva etapa económica.

¡Y cuanta sabiduría alemana ignorará nuestro mundo latino, que debe atenerse siempre a la buena voluntad de los traductores!

Es posible que en este fenómeno estribe la razón de la índole autocrática de los germanos. No son ellos una nación infantil en sentido político, como suponen algunos comentaristas superficiales. Creo más bien que, como raza científica, consciente de su responsabilidad científica ante el mundo, los alemanes colocan la política en lugar secundario, y hallan más cómodo interpretarla en el sentido de orden y disciplina que en el de individualismo anglo-francés.

Para los alemanes la libertad se reserva el campo de la ciencia, y la autoridad el del gobierno.

Lo que a muchos le suena a primitivismo, bien pudiera considerarse como derivado legítimo de la filosofía.

He llegado hasta suponer que cuando los estudiantes

de Heidelberg se dan de cuchilladas en el rostro, no están realmente en torneo de gladiadores a la manera romana, sino dándole plasticismo a todo un sistema social. Cada espadachín es, en ejercicio de su profesión, un filósofo; dos espadachines que se enfrentan son una tesis y una antítesis; la pelea en sí es una síntesis...

EL CONDE DE KEYSERLING

Keyserling es un bello ejemplar de la aristocracia germana.

Menciono la «aristocracia», y no el «pueblo», porque en él se manifiestan todas las características del tradicionalista, del ser producido por la casta.

Como se desprende de sus mismas confesiones, posee la debilidad física de las noblezas fatigadas, y no hay año en que no tenga que guardar cama por algunos meses.

En cambio, ha heredado ese poder de introspección que se desarrolla merced al abolengo, y que ha producido a través de millares de años el tipo clásico del espiritualista indú.

Por esta razón pudiera decirse que Keyserling es un brahamán nacido en Alemania, e imbuído del ánimo universalista que anima a la escuela de Tagore.

Conviene empero anotar aquí la diferencia entre el espiritualismo indú y el germánico.

Los brahmanes, aunque representen la estirpe más

introspectiva del planeta, son hombres moldeados por los panoramas del Ganges, el río propicio a la quietud y a la meditación. Un indú fuera de la India es una figura exótica, discordante, como un verso entrometido en un cuadro de estadísticas, o una melodía ejecutada entre el ruidaje de una fábrica. El mentalismo germánico en cambio tiene algo de muscinea: no se arraiga a determinada corteza terrestre, y se adapta a todas las latitudes. Dígalo si no el sabio barón Carlos Guillermo de Humbolt, que recorrió hace ciento cincuenta años el continente americano consultando el barómetro y los torsos de las criollas. Díganlo todos los exploradores más o menos célebres que le siguieron a lo largo de siglo y medio, alguno de los cuales han explorado el río Amazonas, Júpiter de nuestro sistema fluvial, con más curiosidad que el mestizo andino o el zambo brasileño, y quizá también con mejor éxito entre las indias.

Hablé una vez con una de estas inquietudes andantes, y le pregunté qué se proponía al explorar nuestras selvas; y me repuso marcialmente:

—He jurado fidelidad al emperador de Austria...
Me debo al príncipe Otto.

Pude darme cuenta entonces de que el concepto imperial es, entre las razas germánicas, una aspiración de orden para el dominio del mundo. El emperador no es un muñeco decorativo, sino la idea absoluta de Hegel, simbolizada en un Habsburgo o en un Hohenzollern, para favorecer los destinos cósmicos de estos nuevos «elegidos».

Keyserling no viaja con los aparatos de Humbolt, sino con el instrumento omnímmodo de su intuición.

La glándula pineal vale para él mucho más que todos los descubrimientos físico-químicos. Y como habla para el occidente, hace siempre esta salvedad que lo pone a salvo de compromisos científicos.

No podría decirse que él ha creado una filosofía, ni que existe un sistema keyserliniano. El conde tiene, en filosofía, algo de lo que son los noticieros en el mundo cinelándico. Su inquietud germánica se proyecta aquí y allá, en lo abstracto y en lo concreto, y va mostrando los aspectos más interesantes del orbe. Gusta más de la divagación de la sistematización. Mejor dicho: toma el mundo fenoménico como un pretexto o un aperitivo para hundirse en las profundidades del Yo.

El que viaja con Keyserling no viaja por el planeta, sino por el alma de Keyserling a través del planeta.

Por este método anfíbio de investigación surgen de pronto a la luz verdades que ni los intuitivos orientales ni los analíticos occidentales han logrado exponer.

En el complejo de divagaciones, que no siguen nunca la línea recta, pero que guardan cierta analogía con la música wagneriana, surgen súbitos conceptos que deslumbran y que parecen el resultado de la más paciente y sistemática búsqueda.

Por demás está añadir que a Keyserling no le interesa que le sigan o no, que le crean o no. La filosofía es en él un arte, y es probable que le preocupe más el agradar que el convencer.

De esta suerte le vemos interrogar la realidad europea, recorrer el Asia, y luego venir a nuestra América.

Su visita al nuevo mundo la hace en época de gran madurez, cuando se ha formado ya un criterio sólido sobre el orbe antiguo, después de volver añicos los moldes europeos para presentar, como base científica e histórica de la humanidad, el espíritu intuitivo y religioso del oriente al lado de la ciencia experimental.

Fué también él quien, antes de pisar territorios andinos, acometió contra los prejuicios raciales de Europa y proclamó que las mezclas de razas tenían razones más profundas y transcendentales de las que quería darles la estrecha visión de las pretendidas culturas blancas.

Comienza el conde por visitar a Norte América, y escribe sobre la cultura de John Smith, John Winthrop y Roger Willanm, un volumen de quinientas páginas que supo delinear, con habilidad ajena a todos los comentaristas anteriores venidos de Europa, la índole poliforme de Estados Unidos.

«Norteamérica Libertada» la obra más profunda que tal vez se ha escrito sobre nuestros vecinos del norte, y la que más favorablemente los ha interpretado, sostiene una tesis que puede parecer ex abrupto a quienes sólo han oído hablar de las águilas codiciosas: el Yanquilandia prevalece la mentalidad de los puritanos, en lucha con todos los factores que consideramos como característica esencial de ese pueblo.

No obstante, Keyserling advierte: esta obra no es

fruto de frías investigaciones, sino del contacto de mi intuición con la realidad norteamericana.

Va él de Nueva York a California manteniendo en tensión consciente su sensibilísima pineal y recibiendo por medio de ella las más originales sugerencias.

Uno de los fenómenos que más llamaron su atención fué el de la mutua influencia mental de las razas que pretenden aislarse sanguineamente; y al efecto cita una frase feliz de C. G. Jung, psicólogo experimental a quien el conde admira sin reservas:

«El norteamericano tiene cuerpo de europeo, modales de negro y alma de pielroja».

EL ÚLTIMO LIBRO

Para terminar la contemplación del panorama cósmico, que es su estimulante filosófico, el incentivo de su método de *Philosophie als Kunst*—(la filosofía como arte)—, el conde de Keyserling pasa a Suramérica.

Esbozados ya el personaje y su ambiente, hundámonos en las páginas de «Meditaciones Suramericanas», cuya rústica tengo al lado de la máquina de escribir, ajada ya la pasta y plagada de anotaciones las cuatrocientas páginas en octavo.

No pretendo hacer una síntesis, que en este caso sería imposible, sino poner a flote algunas de las síntesis que espejean dentro de ese océano, dentro de esa sinfonía desbordante de lucubraciones filosóficas.

¿Quién podría sintetizar a Lohengrin o Parsifal?

El intento sería tanto más mezquino cuanto que Keyserling ya no declara esta vez que va a portarse como un intuitivo. Va más allá, y afirma que «la fe auténtica es una afirmación de la fantasía», y que «hay tantas posibilidades cósmicas como la imaginación puede concebir».

En oposición a la vendata, según la cual todo es ilusión de los sentidos. se nos ofrece ahora la tesis de que todo es verdad.

«Quien se acerque al mundo—dice la primera página—armado de comprobaciones y estadísticas, contemplará un mundo convertido en tienda de ropas hechas. En cambio el mundo, como la mujer, se entrega dichoso al poema del enamorado».

¡Keyserling se ha enamorado de Suramérica!

He aquí el por qué de una obra de cuatrocientas páginas.

Y como buen filósofo, la mujer no es para él el epicentro de sus inquietudes, sino el *Leit Motif* que, después del espasmo, le induce a meditar al amparo de la penumbra verduzca.

EL CONTINENTE DEL TERCER DÍA DE LA CREACIÓN

Tal es el nombre que da Keyserling a Suramérica. Al dejar los cuadriláteros acerados del norte le impresionó el ambiente primitivo de nuestras selvas.

Fronδας... serpientes... cocodrilos... aguas lunares... hombres, en fin.

El primitivismo, como base envolvente de toda una cultura nueva, le lleva entonces a decir que «lo bello es, en la naturaleza, a lo feo como el florecimiento pasajero a la raíz perenne».

Halla además que entre nosotros los hombres más telúricos del globo, los que más compenetrados estamos con la tierra y más ceñimos a ella nuestra naturaleza y nuestra movilidad, el ser humano se compenetra con el mineral que flota en la atmósfera de los altoplanos y con la sierpe que arrastra su sangre fría por la selva virgen.

El espíritu del mineral y el de la serpiente determinan el paisaje y ese paisaje—determina al hombre.

Somos hombres atómicos, o a lo sumo hombres-sierpes.

«La expresión impenetrable—afirma—, sorda y ciega, pero al mismo tiempo acechante y preñada de amenazas, que allí muestran muchos hombres, más por ser hombres que por malvados, refleja la mirada de los anfibios y los reptiles... Hasta el espléndido entusiasmo que a veces estalla con volcánica violencia en el hombre suramericano, tiene algo de reptil. Semeja el brusco impulso del anaconda real, que después de lanzarse en un salto formidable vuelva en el acto a su entumecida apatía.

Si Keyserling hubiera venido a Bogotá, diríamos que estaba irorzando respecto al ocho de junio y aún nuestro patriotismo bélico de hace un año.

Como en este mundo de los reptiles el ambiente es

afrodisíaco, añade el filósofo que «la adaptación de los inmigrantes al nuevo suelo se manifiesta sobre todo en el despertar de un frenético apetito sexual, que nos lleva a la poligamia disimulada.

A este respecto hace el más certero de los comentarios.

«Hay numerosas clases y castas de queridas, que no se estorban unas a otras; ignoran, por lo general recíprocamente, su existencia y coexisten como las distintas especies zoológicas en la naturaleza. Resulta así que tampoco existe conflicto alguno entre el viejo y la vida de familia».

No se queda empero en el macho cabrío, sino que en seguida subraya nuestra capacidad estética como una fuerza bruta que emerge de entre los mismos charcos donde se apiñan los caimanes como sardinas:

«La realización de sí mismo en forma de Belleza no es en ningún hombre actual impulso tan primario como en el suramericano. Da este, en un principio, la sensación de no hallarse sino a medias creado, de ser aun materia prima o un mero esbozo de la naturaleza; algo que estaba proyectado como belleza perfecta y que hubo de quedar en una coexistencia de superficie brillante y esencia subterránea. De aquí la aparición del rastacuero... El rastacuero aspira a ser lo que sólo parecer puede. Mas por ello mismo su descendencia lo será realmente algún día».

Termina el capítulo reafirmando su concepto sobre nuestra índole telúrgica:

«Suramérica me ha dado mucho más que la India y

la China. El chino, como el indio, me es a fin, pues también el vive profundamente por el espíritu; y así lo que de mí la diferencia no alcanza mayor significación de lo que me diferencia a mí de un francés o un inglés. El suramericano en cambio es total y absolutamente telúrico. Encarna el polo opuesto al hombre condicionado y traspasado por el espíritu. No me fué pues, posible afrontarlo con mis órganos de comprensión: hubieron de formarse en mí, no sin dolorosa dificultad, otros nuevos».

Admirable observación esta para quienes pretenden que Europa nos interprete y nos guíe, y que cierran los ojos ante la investigación del propio ambiente.

Si Keyserling, el hombre más intuitivo de Europa, confiesa que al llegar a nosotros tuvo que adaptarse a un mundo realmente nuevo, ¿dónde estará la eficiencia de los que ven en el mundo como «una simple tienda de ropas hechas»?

Lástima que, al hacer este esquema maravilloso de los suramericanos, el conde haya olvidado poner al simio en el continente del tercer día de la creación.

Si la serpiente es nuestra madre, el mono es nuestro padre legítimo.

Ojalá haga usted esta pequeña rectificación, señor conde, en el árbol genealógico. Ya la insinúa más adelante cuando habla de nuestra poca fantasía y de nuestras incomparables dotes imitativas.

MIEDO, GUERRA, HADO, MUERTE...

En temas de esta suerte inspira Keyserling sus meditaciones sobre el continente del tercer día de la creación.

Sirven ellos de motivo lo mismo que el asunto central de la obra, para analizar el Cosmos y para aventurarse en lo trascendental.

Hay muchas ideas que ya se han perfilado en otros libros del mismo autor, pero que él presenta ahora bajo el punto de vista suramericano, bajo la emoción especial que le produce el espectáculo de nuestro continente.

Es como si, al cambiar el color de la proyección sobre las líneas ondulantes de una bailarina, le diese sugerencias nuevas.

Lo que conviene en este caso es ir extrayendo aquello que pone más en claro nuestra índole:

Sobre el miedo dice:

«Todo animal tiene originariamente, y ante todo, miedo... Su valor no es nunca iniciativa libre, sino abandono pasivo a una fuerza mayor y ajena que surge de un oscuro mundo interior... Sólo la insensibilidad puede liberar por completo del miedo al ser inerte. De aquí el culto que a la apatía rinde el indio en el cual la serpiente vive a flor de piel... Y del miedo primordial se desprende el Mal».

Esta meditación le sirve para definir al caudillo suramericano con palabras que envidiaría González Prada:

«El cabecilla suramericano» el caudillo, y cuando logra la victoria el dictador, es taciturno, impenetrable más hechicero que héroe, paciente y pasivo hasta que llega el momento de intervenir con la rapidez del rayo; rencoroso, vengativo, intrigante, tenaz y, bajo una superficie cortés, friamente cruel. Cuando es de gran formato, le son atribuibles las cualidades de la serpiente boa. Pero su séquito natural es reptil en su más bajo sentido. Calumniadores, chantagistas, sicofantes, hipócritas, aduladores y hombres venales siempre dispuestos a servir de instrumento para toda clase de oscuros manejos los hay en todas partes; pero en los individuos de este género, que prospera en todas las democracias, no los ví nunca de tan repulsiva condición fundamental como en Suramérica. . . Llevando a flor de piel su helado fondo, ostentan la expresión del rencor, la mentira, la traición y la posible venganza tan abiertamente como los batracios su calidad análoga. . . Como batracios que sienten justificada su existencia en un mundo batracio tienen la conciencia tranquila siendo feos. Y el miedo primordial late tan cerca de la superficie, que sólo cuando se les provoca gravemente arriesgan algo peligroso».

En esto, el conde ha puesto al sol todo un estado social, que ha pasado a ser, en nuestra crisis de idealismo no sólo un vicio político, sino hasta un sistema intelectual y universitario.

En cuanto a las mujeres, no las tiene en mejor concepto:

«En ninguna parte—opina—hay tanta indiscreción

ni tanta y tan venenosa maledicencia como allí de una amiga a otra... Muchas mujeres de la tierra argentina eran o tortugas o vívoras.



Sobre la guerra tiene una noción de fatalidad, y considera que es absurdo quererle poner el manto de lo sagrado.

La guerra para él se apoya sin embargo en la ley que formulara Hans Much:

«Todo menos no es compensado por un más estrictamente necesario, sino por un múltiplo del mismo razón por la cual las dificultades son fundamentalmente propulsoras del crecimiento».

Refiriéndose a los tratados sostiene algo que tiene mucho que ver con nuestra situación presente:

«Ningún tratado impuesto por la fuerza encarnó jamás el mejor derecho moral. De todos los ídolos, el Derecho considerado como encarnación *ipso facto* de la Justicia es el más innoble, y hasta que no sea derribado de su pedestal no mejorará el mundo. El derecho en sí no es más que una fijación sin la menor fuerza moral y espiritual, y sólo es justo en cuanto fija un lazo justo ya de por sí».

Principio es este que echa por tierra toda la mentalidad neogranodina, aunque Keyserling no la nombre...

Refiriéndose al Hado, dice que «todo instante presente es y significa algo distinto según lo que haya detrás de él», y que por lo tanto el criterio suramericano, que no tiene tras sí la tradición europea, es totalmente distinto del europeo:

«No he visto nunca horóscopos suramericanos. Pero deben ser antipódicamente opuestos a los del norte europeo. La libertad no significa casi nada para estos hombres. Su vida es esencialmente un padecer; y sin embargo, la orientación de su ánimo es progresiva. De esto sólo resulta ya un destino enteramente no europeo.

En cuanto a la Muerte, piensa que nunca la había sentido tan tangible como en nuestro continente, porque «la religión india significa una clara afirmación de la ligazón a la tierra, incluso cuando esta última es incorporada al conjunto más amplio del sistema solar, como entre los incas».

Y concluye:

«La Suramérica actual se halla todavía demasiado inacabada, y depende aun demasiado de ideas ajenas en último análisis, para ser profunda. Y sin embargo, converge incoerciblemente hacia el indio. Por lo cual me parece indudable que habrá de producir algún día una civilización de gran profundidad en el sentido de su vinculación a la tierra».

TRISTEZA, DELICADEZA, EMOCIÓN.

«Apenas respiré su atmósfera—dice Keyserling—bauticé a Suramérica el continente de la tristeza... El lugar del egoísmo lo ocupa allí el ensimismamiento».

Pero por lo que sigue, puede verse que no considera tal característica como una debilidad o un síntoma de generación:

«...Pero cuando, en el seno de las tinieblas, llegué a adquirir una cierta videncia interior, descubrí una verdad jamás presentida y que antes había rechazado como un contrasentido; y es que la tristeza suramericana entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna... La tristeza suramericana es la más honda vivencia de la profundidad telúrica».

En tal hecho apoya nuestra índole religiosa, que sigue siendo incaica como en la época precolombiana:

«La iglesia católica no es en Suramérica más que un instituto de magia, como lo son también la mayoría de las manifestaciones objetivas de la religiosidad india. Lo que en Europa es fe se transforma allí en superstición. En cambio, todo lo que a la tierra se refiere es en Suramérica profundo».

Consultando intuitivamente la historia declara:

«En el principio fué la tristeza flotante. De ella nació el sentimiento trágico de la vida... La tristeza suramericana no ha llegado aun a la tragedia. Es dolor

flotante, conforme a la pura pasividad de la vida primordial».

A esto se pueden aunar las afirmaciones sobre la delicadeza:

«Suramérica es en cierto modo un mundo temeroso de la luz, ya que todo se subentiende. La claridad sólo por excepción es bien interpretada».

Para el autor, lo que entre nosotros parece desidia abandono, nos coloca en un término medio entre la afirmación y la emoción:

«En Suramérica—dice—encontramos ya hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del universo, la cual reposa en la primicia de la delicadeza».

Entra en seguida a comentar la idea original de Lugones, sobre la distinción entre las culturas que se apoyan en la verdad y las que se basan en la belleza, y saca en limpio que la nuestra, como el mismo Lugones, lo afirma, y como lo plantea Vasconcelos en su «Monismo estético», pertenece al primer grupo, y es en esto una hermana de la China

En cuanto a Vasconcelos le censura que al proclamar el monismo estético no hable del espíritu. Creo que aquí el autor pasa por alto que Vasconcelos es un gran espiritualista, y que al proclamar la estética como orientación cultural no deja de reconocer que el arte sea la más alta manifestación del espíritu.

En todo caso, al admitir que somos un mundo emocional, no nos cierra horizontes, porque más adelante declara:

«No sólo la sensibilidad y la intuición, funciones que obedecen a leyes distintas de la lógica, son verdaderos medios de conocimiento: también la emoción es un tal medio».

LA CANA

Este fenómeno llama especialmente la atención de Keyserling, y le arranca el capítulo más original del libro.

Para nosotros resulta humorístico, porque se trata allí filosóficamente algo que no puede menos de hacernos sonreír.

Sudamérica es el continente donde las cosas se hacen o se dejan de hacer, no por la acción volitiva que es común a otras culturas, sino porque nos da o no nos da la real gana.

Lo que tiene el capítulo de novedoso equivale a lo que le falta en profundidad, en conexión con las otras meditaciones.

La «gana» se apoya, precisamente, en que somos el continente de la tristeza, de la delicadeza, de la emoción; ya que es la cualidad telúrica lo que nos forma las creencias y orientaciones y lo que guía nuestra actividad. La reflexión es siempre, en nosotros, una cualidad que constata nuestras emociones; pero no un hecho fundamental que las provoque. Somos creyentes o ateos porque sí. Porque nos da la real gana. Por eso mismo hacemos el bien o el mal.

«La gana sudamericana—dice Keyserling—es un

impulso totalmente ciego, para el cual toda voluntad de previsión ha de ser, necesariamente, motivo de escándalo, pues equivale a una negación de su propia esencia. Se halla localizada fuera de los dominios de la conciencia».

Quizá sería más exacto decir que la gana es, entre nosotros, el fruto auténtico de la emoción.

La gana explica, según el autor, nuestra pasividad, nuestras inquietudes caóticas, y hasta las actitudes de nuestros caudillos, que lo son, no porque tengan ideas preconcebidas, sino porque les da la gana mandar.

SANGRE

Esta es la meditación que tiene mayor trascendencia para nosotros, al menos desde el punto de vista sociológico, porque ahí reafirma Keyserling lo que ya había sugerido en otras de sus obras: que la mezcla de razas distanciadas y contrastadas no es degenerativa.

La teoría que contradice el orgullo de europeos y sajones norteamericanos, y que nos hace justicia a la vez que nos lanza la más animadora voz de aliento, aparece aquí ya en plena madurez admirablemente expuesta.

En etnología, como en química, hay mezclas y combinaciones.

Lo que importa no es nunca la cuestión de mezcla o no mezcla, sino que de la primera haya de surgir un nuevo equilibrio favorable».

Hay un párrafo que conviene copiar íntegramente:

«¿Cómo es posible criar hombres en el mismo sentido que animales de raza, cuando lo que en ellos importa es más el carácter individual que el de la especie; cuando lo determinante es el espíritu y el alma, que nadie puede cruzar herméticamente, y cuando se ignoran totalmente las leyes de la química del espíritu? Además, las mezclas más inverosímiles pueden producir razas perfectas. Así, en algunas regiones de Sudamérica, la mezcla de sangre negra pasa por fomentar las dotes intelectuales. Si realmente es así, puede, probablemente, explicarse en parte, por el hecho de que la inercia de la sangre india y la frialdad condicionada por el continente del tercer día de la creación son compensadas por la vitalidad tempestuosa y el intenso calor emotivo del negro, constituyéndose así indirectamente, como por la acción de un fermento catalítico, un nivel superior. El Brasil demuestra, en todo caso, que una pequeña mezcla de sangre negra—el Brasil no se hace de año en año más negro, sino más blanco—no daña necesariamente a la larga, sino que puede llevar a la producción de una raza nueva y superior».



Después de sostener el porvenir de nuestro ambiente híbrido, trata Keyserling de hacer en el mismo capítulo, algunos comentarios sobre las características locales, y tiene verdaderos aciertos:

«El hombre argentino entraña una modalidad especial

de la arrogancia... El brasileño muestra, espiritual y anímicamente, la frondosidad de la flora brasileña... En Colombia es donde más puramente se ha conservado el españolismo de la época magna, en cuanto alcanza ni conocimiento de los tipos... En Chile, los hombres meridionales se han convertido en septentrionales, porque los chilenos no tienen ya nada de latinos».

A este particular, es lamentable que Keyserling no haya visitado a Colombia. El concepto que tiene de nosotros es el del siglo XIX, el de los hidalgos castizos, que hacen versos.

Si hubiese venido a nuestra capital y, aun mejor, a la capital antioqueña, habría visto hasta qué punto la alquimia racial de que habla, ha comenzado a obrar en las altas esferas, desalojando los últimos restos de Castilla.

Aunque no seamos todavía una cultura zamba, somos ya un país donde los zambos comienzan a mandar.



Termina el capítulo con una anotación bastante interesante, de proyección universalista:

Los derechos de la sangre, y de su apego a la tierra, son los que hacen que, sobre el ciclo de las revoluciones de la mecánica, se insinúe la era de los nacionalismos raciales y de los problemas agrarios.

«En el nacionalismo — dice — se rebela la sangre contra su inconsideración y su desatención por el espí-

ritu de la época mecanicista. Pero el verdadero sentido de la revolución agraria es aún más profundo: tiene sus raíces en el mundo del tercer día de la creación».

Esta verdad—si lo fuere—desentrañada por Keyserling, explicaría porqué el problema de la parcelación, que en Europa ha sido tachado de conservador, en nuestra América es el fermento de todas las verdaderas agitaciones revolucionarias.

DIVINA COMEDIA

Terminaré copiando un concepto del último capítulo, que en oposición a los anteriores, provoca el pesimismo:

«De todas las singularidades que el orbe cultural ibérico ofrece al intelectual llegado de Europa Central u Occidental, ninguna despierta en él tanta extrañeza como la de oír, a cada instante, tachar de dementes a los intelectuales del país: Fulano o Mengano es, desde luego, una personalidad, pero está loco o, por lo menos, chiflado. Tal fallo es pronunciado con la más afectuosa disposición de ánimo, muy semejante a la que entrañan las mujeres cuando se ponen a juzgar los conflictos objetivos de los hombres, que tan superfluos les parecen. Y no pone, tampoco, en duda la importancia real de quién se trate. Mas si, por nuestra parte, buceamos en el sentido de esta singularidad, descubrimos en ella una supervivencia de lo primordial. Para muchos pueblos, el loco era sagrado. La demencia del poseso era para ellos superioridad sobre la naturaleza, ya que sólo el

exorcismo podía curarla... En Sudamérica, desde el punto de vista de la tierra, el hombre espiritual aparece efectivamente en primer término como un hombre desplazado o dislocado».

Nadie, hasta hoy, nos había dicho imbéciles con tanta finura.

Según Keyserling, Sudamérica es un continente donde la intelectualidad no aparece como selección del medio, sino como exotismo que asusta a las buenas gentes rutinarias, apegadas a la tierra; a los pobrecitos hombres-serpientes de los apetitos primordiales.

Keyserling ha repetido la verdad de Pío Baroja; pero en un tono filosófico que no ofende.

Lo único que puede suceder es que todos los pobres de espíritu comiencen a decir que Keyserling es un loco más.

Nuestro continente les toma confianza a los que se le acercan, y esta es otra demostración del primitivismo telúrico.